

*(aplausos a Veintimilla) 2*

# A LA NACIÓN.



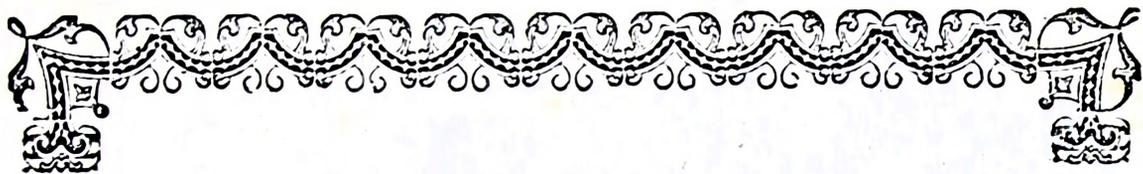
**QUITO.**

---

FUNDICION DE TIPOS DE MANUEL RIVADENAIRA.

---

**1882.**



# A LA NACION.

---

Aparecen en el mundo hombres superiores, que marcan á su paso las épocas de las Naciones; que imprimen en ellas el sello de su pensamiento; que son la síntesis de un pasado, la encarnacion de un presente, y el gérmen de un porvenir. Hombres—corazon para amar á su patria; hombres—espíritu para comprenderla y hacerla feliz; hombres—espada para defenderla. Esos seres privilegiados, simbolizan una civilizacion y resumen en sí los dolores y las esperanzas de un pueblo, las tendencias y las aspiraciones de una sociedad. Instrumentos de la Providencia, obedecen; y cuando les llega su hora, sin saberlo, aparecen en la escena á cumplir su mision, llevando en su frente, escritos por Dios, los destinos, el porvenir de las Naciones.

Demasiado descollantes entre los pueblos y los hombres que los rodean, nadie llega jamás á comprenderlos, y necesitan, por medio de golpes eléc-

tricos, sacudir una generacion sin vida, para engrandecerla por la convulsion y encaminarla á su perfecto desarrollo, teniendo que luchar con añejas habitudes y mezquindades rabiosas de políticos enanos.

Aquellos hombres excepcionales, no se pertenecen, se deben á su patria; y como Dios ha establecido el equilibrio de su justicia en todos sus desig-nios, al levantarlos sobre el nivel de los demás hombres, les ha impuesto la carga de servir á sus conciudadanos, de velar por ellos, y de responder de su patria ante el mundo, ante la civilizacion.

I por eso el presente y la historia, para juzgar á un pueblo, juzgan á sus grandes hombres, quienes llevan sobre sí, no siempre la gloria, pero sí, las faltas é iniquidades de los demás. ¡Esplendor del poder! cuántas amarguras ocultais para el presente, y cuántas responsabilidades para el porvenir!

Hay en el Ecuador un tipo culminante, “caballero sin tacha y sin miedo,” Bayardo republicano, que reúne los caracteres de los hombres que hemos bosquejado y que se destaca del cuadro y se hace patente á todas las miradas. Ya le habeis visto. ¡Es el General Veintemilla!

Los pueblos, en la expresion de su voluntad soberana le nombraron Presidente de la República, y en este elevado puesto ha fomentado en todos los ramos las mejoras posibles, en armonía con los recursos nacionales, y ha resuelto el difícil problema de hacer lo grande en lo pequeño. En una palabra, des-

plegando sus grandes dotes de Administrador, ha cumplido su deber en toda la acepcion de la palabra.

La gloria del General Veintemilla, aquella passion generosa de los espíritus elevados, habia llegado á su apogeo viendo á su país próspero y tranquilo : nada ambicionaba ya. Sus aspiraciones patrióticas estaban cumplidas. Pero los esfuerzos generosos y fecundos en bien del Ecuador, penetraron hasta el corazon de la sociedad, y quedando allí como un gérmen precioso han producido los frutos del reconocimiento del país que ha querido que el General Veintemilla siga rigiendo sus destinos, y al efecto, el 26 de marzo con un entusiasmo sin igual, le confirió la Jefatura Suprema.

La reeleccion es un premio que confieren los pueblos á las acciones y á las virtudes cívicas brillantes. Nueva gloria ha adquirido el General Veintemilla, y á ella está vinculada la de la República, puesto que él es su hijo predilecto.

Los pueblos son los mejores jueces de sus propios intereses, y ellos deben predominar en la vida política de la República y deben hacerse sentir en el Gobierno, porque en las democracias las poderosas mayorías deben preponderar, una vez que nada resiste á su querer. Pues bien : esas mayorías han querido el Gobierno del General Veintemilla, cuya legitimidad queda así establecida como orijinaria de la verdadera fuente de la sobe

ranía nacional. Esas mayorías han querido la continuacion de aquel gobierno vigoroso y el único capaz de preservar al país de caer en los horrores de la anarquía, en las garras de la terrible demagogia que, suprimido el poder del General Veintemilla, se habría enseñoreado del país, constituyéndose en un gobierno atroz, en un suplicio nacional, con las venganzas por único espíritu público, y con todas las consecuencias de la disociacion.

Empieza una nueva era para la República. Hombres de buena voluntad, hombres honrados de todos los matices rodead el poder. Lo quereis respetable? Pues ciudadanos respetables, acercáos á él. ¿Qué os puede separar ya del General Veintemilla? Las cuestiones y motivos que ántes pudieran alejar á ciertos hombres han desaparecido ya. Se han conciliado intereses opuestos y todos los ciudadanos deben contribuir con su contingente á cimentar la paz y el orden y á desarrollar todos los elementos de grandeza que tiene el país.

Algunos adversarios políticos increpan al General Veintemilla el haberse rodeado despues del ocho de Setiembre de hombres perniciosos. Cierro. Pero tambien Napoleon el grande sirvió á la revolucion, y creció en medio de las tormentas que oscurecieron el cielo de la Francia. Pero un dia, aterrado por los horrores de los hombres del 93, se ciñe la espada de Abukir, se calza sus botas de campaña, y con sus tacones opri-

me la cabeza de aquellas panteras que fueron el escándalo del mundo.

Pues bien, el General Veintemilla há hecho lo mismo. Los buenos de Setiembre han quedado á su lado, y el elemento pernicioso, aquel anacronismo viviente, aquellas plantas exóticas al lado del General Veintemilla fueron arrojadas. No tenían razon de ser junto á él. El General Veintemilla ha sido el martillo destructor de la demagogia. De él ha recibido sus mas duros golpes aquel elemento disociador, y á la vez han sido tambien contenidos los hombres que, juzgándose los depositarios del órden y de la moral, pretenden que el terror sea el único medio de Gobierno. Ese ha sido el secreto del Gobierno del General Veintemilla, garantizar la libertad de todos los partidos, pero conteniéndolos á todos sin aceptar las aberraciones particulares de ninguno de los elementos antagonistas que se combaten sin tregua y sin descanso.

El General Veintemilla seguirá mandando, engrandecerá el pais y lo hará figurar dignamente en el rol de las Naciones. El Ecuador lo ha llamado á una de esas empresas en las cuales el hombre fuerte no cuenta los obstáculos, sino solo los medios. Será grande como el acto á que lo destina Dios; sublime como el deber, audaz como la fé. Hará feliz á la República, y ella le ceñirá corona inmarcesible.

Hay necesidad de que la Nacion conozca que, en

el seno mismo del Gobierno había un espíritu ambicioso y traidor, un hombre que, rebelde á la Nacion, á la cual quiso imponerse, comprometi6 con su insensatez su propia posicion oficial. Hablamos del ex-general Vernaza que, si hubiera realizado sus criminales desvarios, habria hundido al pais en los horrores de la guerra civil. Dios libr6 á la Nacion de males infinitos.

Inmediatamente despues de la partida del General Veintemilla para Guayaquil, el ex-Ministro de guerra, Vernaza, que tan adicto se mostrara ante 6l, empieza á tentar los medios de llevar á cabo sus designios ambiciosos, y lleva su avilantez hasta revelar sus proyectos de un modo embozado en el seno mismo del gabinete. Insinuaba al designado Se6or Salvador que 6l debia alzarse con el poder Supremo. Era que Vernaza queria un medio que sirviera á sus designios. Esto, naturalmente traj6 tropiezos en la direccion de los negocios y lucha entre el Designado y su Ministro. El Designado disimul6 al Ministro y procur6, con su indulgencia, volverlo al camino del deber y del honor. ¡Vana ilusion! El Se6or Vernaza es falaz por naturaleza; obedece á una necesidad de su organismo.

Los pesimistas, los espíritus obsecados; los escépticos de malicia y de cálculo, repiten en todos los tonos “¡farza! farza!” por los sucesos-Vernaza! ¿Qué objeto racional? qué favorables consecuencias podria producir una comedia seme-

jante? Es que esos hombres que se retuercen en las convulsiones de la cólera impotente, miden el espíritu y el corazón de los demás por los quilates de su propia mezquindad. Hombres sin fé política, cobardes trastornadores morales de la sociedad á quien despedazan y estragan, y que en un momento supremo serían incapaces de salvar la patria que conmueven, porque no tienen un corazón honrado ni una alma templada al fuego del patriotismo, sino solamente intereses y bastardas ambiciones.

Los hechos que en seguida se refieren, y los documentos insertos á continuación, arrojan la luz suficiente para los que, con ánimo tranquilo y sereno, quieran conocer la verdad de lo ocurrido.

La fuerza de la opinion era irresistible en favor de la continuacion del General Veintemilla en el poder. Era esta una imperiosa necesidad pública, mejor dicho: era una necesidad social, porque este Gobierno simboliza la paz, el orden, la justicia y el progreso del país. Y sobre todo y ante todo, nosotros que no blasonamos de espíritus fuertes, reconocemos y proclamamos á la faz del mundo que el General Veintemilla es el más firme apoyo, la más decidida defensa de la Religion querida de los pueblos, de la cual ha dicho un célebre historiador: “El Catolicismo es un grande elemento civilizador, la historia debe considerarlo como una religion de progreso.”

Pues bien, el Excelentísimo Señor Salvador,

Encargado del Poder Ejecutivo, en su calidad de Designado, por ausencia del General Veintemilla, arrastrado por el torrente de la opinion, y convencido de que dicho General es el único hombre que con su energía puede contener los avances de los elementos políticos disolventes, apoyó decididamente el movimiento político del 26 de Marzo; pero quiso que fuese espontáneo y dejó al pueblo de la capital enteramente libre para que se guiase solamente por su buen criterio.

Al efecto, para que el ejército no ejerciese presion alguna sobre el ánimo de los ciudadanos, ordenó á los Jefes de los cuerpos que hiciesen observar en aquel dia la más severa disciplina.

Ademas, como ya temía las insidias de Vernaza, y presentía su traicion definitiva, en la noche del 25, S. E. recorrió los cuarteles, y previno á los Jefes que, hasta nueva orden, quedaba suprimido el conducto regular, y que recibirian solamente sus órdenes directas, sin intermediario alguno.

Dadas estas disposiciones, S. E. el Designado descansaba, cuando á las dos de la madrugada del 26, el oficial de su guardia, Capitan Mejía, llama á la puerta del dormitorio y le participa que Vernaza le habia enviado orden de que retirase dicha guardia y la replegase al cuartel del batallon 14.

Entre tanto Vernaza, con su doble carácter de

Ministro de la Guerra y Comandante en Jefe del ejército, se presenta en los cuarteles, manda formar los cuerpos, los arenga, y de su propia autoridad asciende á todos al grado inmediato superior desde los Sargentos encargados de compañía, hasta á los Tenientes Coronales, á quienes hizo Coronales.

Para facilitarse mas la consecucion de su objeto, Vernaza habia tratado de insinuar al ejército que S. E. el Designado intentaba alzarse con el mando Supremo y traicionar al General Veintemilla; y con esto, y para disimular mas su perfidia, hacía que los cuerpos victoreasen á dicho General.

Luego sale con los cuerpos á la plaza, y los coloca al pié de la casa municipal, como si el cobarde se avergonzase de acercarse al palacio donde se hallaba la familia del General Veintemilla, á quien tan impudentemente traicionaba, olvidando los beneficios que de su mano generosa recibiera.

El modesto y leal Coronel Navarro, Jefe de la columna 16 de Diciembre, recibe de Vernaza la orden de sacar la fuerza de su mando. Pero este veterano lleno de cordura y prevision, y fiel ademas á la orden recibida de S. E. no obedece inmediatamente la orden de Vernaza, y á las reiteradas que le daba opuso cierta fuerza de inercia que fué la que salvó la situacion. ¡Cuánto merece este valiente encanecido en el servicio de

la patria! Perplejo este Jefe envía en el acto un oficial á preguntar á S. E. qué era lo que ocurría. El oficial no llega, fué tomado en el camino y reducido á prision por órden de Vernaza. Envía Navarro otro oficial, al Mayor Torres. Este puede llegar é informa á S. E. sobre lo que pasaba: el Designado lo comprende todo, y de una mirada abarcó el peligro que corría la República. ¡El momento era supremo! No vacila; toma su guardia y vuela en busca de la columna del Coronel Navarro, con quien se junta en la calle de la Merced. Se informa mas detenidamente con este jefe de lo que pasa, y marcha al frente de ese puñado de valientes con el ánimo de vencer ó morir.

Llegado que hubo á la plazuela de la Merced, hace alto, y envía á llamar al Comandante General del Distrito don Pedro P. Echeverría, quien vino en el acto, ignorando hasta entónces todo lo que pasaba. Este General se pone á la cabeza de la pequeña fuerza, y con sangre fria imperturbable, en union de S. E. y del coronel Navarro, siguen á la plaza y toman posiciones en los portales del palacio de Gobierno.

A ésto, Vernaza, creyendo que el Designado permanecía aun en su casa habia mandado á tomarlo con dos compañías, y dió órden que atacasen la guardia si hallaban resistencia. Las dos compañías tuvieron que regresarse porque S. E., se hallaba ya con la columna 16 de Diciembre, ocupando, como queda referido, los portales del pa-

20

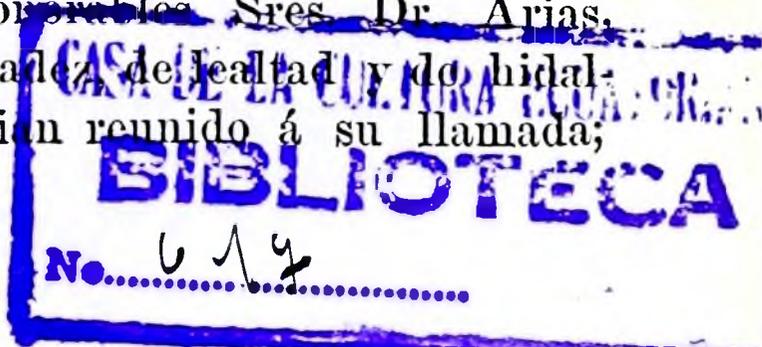
lacio, donde encontró á la familia del General Veintemilla, compuesta de Señoras, llena de desolacion y espanto, averiguando qué calamidad amenazaba.

En ese instante la jóven Señora Marietta Veintemilla de Lapierre, sintiendo correr en sus venas, sangre de héroes, se hace superior á la debilidad de su sexo, y como protestando contra las vacilaciones, aquella dulce, delicada y hermosa jóven se transforma súbitamente, se desprende rápida del grupo de sus desoladas tias, se lanza á donde Vernaza, llega donde él, se apodera del brazo del traidor, lo sacude con violencia y con acento y ademanes terribles le increpa su perfidia, y en nombre de la gratitud y del deber, le intima que vaya á palacio, donde se hallaba el Designado.

El traidor no resiste al fuego de su mirada, avergonzado inclina la cabeza, y dominado por el noble arranque de la jóven, hace que el ejército victorée al Jefe Supremo.

Una vez en los portales de palacio, el Designado recibe mensajes rebeldes de Vernaza, desconociendo su autoridad é intimandole rendicion. S. E., el General y los Jefes, que le acompañaban, rechazan indignados intimaciones semejantes; se mantienen firmes en el propósito de cumplir con su deber y de no sacrificar la República á un ambicioso cobarde y vulgar.

Sus Ministros los honorables Sres. Dr. Arias, é Icaza, tipos de honradez, de lealtad y de hidalguía, que ya se le habian reunido á su llamada;



fortificaban sus nobles propósitos, resueltos como se hallaban á correr la suerte de S. E. que personificaba la República. El cumplido caballero don Emilio Gangotena, Gobernador de la Provincia, acompañaba al Gobierno.

Vernaza, viendo que S. E. estaba en su puesto, dá orden de atacarlo, orden que fué rechazada por el mayor Juan F. Morales, quien con denuedo se resiste á obedecerla, increpando á Vernaza el querer, como Cain, derramar sangre de hermanos. Vernaza entónces, sin valor ni energía para hacerse obedecer contesta: “Es necesario, y solo aguardo á que raye el alba para atacar;” y acto continuo hace desfilar las fuerzas para la plaza de San Francisco.

Una vez allí, llama á varios Jefes, arroja la careta, y les dice: “La revolucion está hecha, hay necesidad de sostenerla, pero es hecha por mí y para mí. La familia Veintemilla nos ha despreciado. ¿Están Uds. de acuerdo con mis ideas?”

Los jefes y oficiales siempre fieles, pero momentaneamente engañados por Vernaza, quien habia pretendido hacerles creer en una traicion de S. E. el Designado, así que oyen de labios de Vernaza lo que queda referido, se le manifiestan hostiles, y empiezan por retirarse á sus puestos en las filas y á victorear al General Veintemilla.

S. E. el Designado permanecía en palacio con sus Ministros previniéndose para la defensa;

pero en eso se le presenta el gallardo capitán Julio Vásconez, que venía de San Francisco. Le informa de lo que allá pasaba y de la lealtad del ejército.

La tempestad estaba conjurada. S. E. aprovecha los instantes y hace que la columna desfile á San Francisco, donde se incorpora á sus hermanos de armas entre vítores al General Veintemilla y al Designado.

El traidor se desconcierta y se llena de pánico. El General Echeverría se le acerca y le impone, y manda tocar fajina. Los cuerpos regresan á sus cuarteles.

Vernaza es conducido á palacio; y allí S. E., rodeado de sus Ministros, lo apostrofa lleno de indignacion, y echándole en cara su deslealtad y su perfidia, lo manda reducir á prision.

Se salvó la República, cuya suerte se jugó por algunos momentos. La serenidad de S. E. y de sus Ministros; la grandeza de alma que desplegaron; la decision de Echeverría y de Navarro y la lealtad del ejército en general, merecen recordarse, y se recomiendan á la gratitud nacional.

El rebelde General cometió doble traicion, contra la República á la cual quiso imponerse, contrarrestando su voluntad soberana, y contra el Gobierno que le diera posicion y honores. La empuñadura de su espada, en esos momentos supremos de una evolucion política de tamaña trascendencia, debió haber estado en palacio enseñando su

punta á los enemigos del órden; pero léjos de eso, la dirigió al pecho de S. E. el Designado, quien sintió su frio, sin que eso quebrantase su fuerza de voluntad.

Errante ahora en suelo extranjero, llevando tras de sí la maldicion de sus conciudadanos; acompañado del remordimiento de su falta, y del recuerdo de su elevada posicion oficial perdida, expía el Sr. Vernaza su desvío, su olvido del deber.

¡Grande enseñanza para el porvenir! Elocuente leccion para los que se separan de los caminos de la justicia y del honor!

Las piezas que á continuacion se insertan, confirman todo lo referido.

## SUMARIA AVERIGUACION

**Seguida contra el ex-general Cornelio E. Vernaza, sobre el acontecimiento que tuvo lugar en la madrugada del 26 de marzo del presente año.**

### *EXTRACTO.*

El ex-general Cornelio E. Vernaza, en su declaración preventiva, fojas 45 á 46. dice:

Que en la madrugada del 26 sacó los cuerpos de sus respectivos cuarteles, por su orden exclusiva: que sabe hay declaraciones contra él, atribuyéndole proyectos ambiciosos; pero que dichas declaraciones son calumniosas, y que lo único que quiso fué que se le nombrase Jefe Superior: que envió á su ayudante Rendon con dos compañías para que incorporase la guardia de S. E. el Designado, y que si no querían abrir la puerta, la forzasen; pero que esa orden fué simulada.

El Teniente Coronel José Marto Sanandres, entre otras cosas, de fojas 2 á 6 vuelta, dice:

Que el General Vernaza le dijo: Que el Sr. Designado trataba, por medio de grandes pelotones de gente del pueblo, oponerse á proclacion de la Jefatura Suprema del General Veintemilla, y que por ese motivo los jefes y oficiales que se hallaban presentes aceptaron las disposiciones de Vernaza, quien, ya en S. Francisco dijo al Mayor Morales, á presencia de varios jefes y oficiales:

“ Señor Comandante, la revolucion es un hecho, y hay que sostenerla, la familia Veintemilla nos ha despreciado, y me aclararé mejor: la revolucion es hecha por mí ¿ está U. con mis ideas ?”

El Sargento Mayor, Juan Francisco Morales, de fojas 11 hasta 17, entre otras cosas, dice :

Que Vernaza arengó á los cuerpos de un modo subersivo, recordando sus proezas militares, y asegurándoles que el triunfo era seguro, porque tenía cabeza y corazon, y que luego, descubriéndose completamente le dijo. “ Es que la revolucion es para mí y no para nadie;” y que luego trató de seducirlo invocando el paisanaje, y diciéndole que “ entre el General Veintemilla y él, Vernaza, había tanta diferencia, como la que existe entre Quito y Guayaquil.”

El Teniente Coronel Rafael Zambrano, el Sargento Mayor graduado Francisco Cabeza de Vaca y el Capitan graduado José A. Arteaga, de fojas 7 á 11—de 30 vuelta á 31— de 31 á 32, entre otras cosas, confirman lo dicho por Morales y Sanandres.

El Teniente Coronel Antonio Veintemilla, de fojas 17 vuelta á 20, dice :

Que cuando Vernaza le dió orden de sacar el cuerpo de su mando, como aquel mostrara cierta repugnancia, Vernaza le dijo que iba por orden del Designado, y que varias veces le dijo : “ Comandante, ¿ me sostiene U. ?”

Los Mayores graduados Antonio Franco y Darío Buitron, de fojas 24 á 27 vuelta, dicen :

Que cuando con sus compañías iban á casa de S. E. el Designado, recibieron órden de Vernaza comunicada por su Ayudante de “que si se resistia la guardia de S. E. abriesen la puerta á balazos, y tomasen la guardia á fuego y sangre.”

El Mayor Rendon, Ayudante de Vernaza, de fojas 28 á 30 vuelta, entre otras cosas, dice :

Que cuando éste lo mandó con dos compañías á casa el Designado le ordenó que llevase esa guardia; y que si se resistia la tomara á balazos.

El Coronel don Rafael Salvador, de fojas 47 á 49, entre otras cosas, informa :

Que Vernaza en la plaza de San Francisco comenzó á arengar al ejército, no ya en favor del General Veintemilla, sino en su favor, manifestando que la revolucion era exclusivamente para él. Confirma el dicho de Morales y de los demas jefes y oficiales, y añade que Vernaza dijo á Morales. “La revolucion es para mí, y U. debe entrar en ella, porque es mi paisano, y porque del General Veintemilla nada tiene que esperar”.

